



CAPÍTULO IV

UNA ESTÉTICA PARA LA EDUCACIÓN MEXICANA

—Taita, quierun perrito.
—Empúñalo, pue.

Ciro Alegria.

INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior mencionó como dos de los valores que propusieron los educadores mexicanos para orientar la educación de la Revolución el hacer de México y América Latina una gran síntesis cultural y el esfuerzo por formar un hombre capaz de servir —un hombre desinteresado por excelencia. Vasconcelos elabora estos dos valores y los transforma en una *Estética*, una estética para la educación mexicana. En el presente capítulo veremos cómo lo hace.

Observemos en primer lugar el fracaso de América Latina. Tierra nueva, pero tierra de mestizos han dicho, donde las razas inferiores se confabularon en cópula diabólica para reproducir “pueblos enfermos”. Tierra nueva pero arruinada, retrógrada, servil, dependiente y subdesarrollada como si sobre sus hombros tuviera que cargar la culpa por los pecados de la humanidad. ¿No se dieron cita aquí los miserables, los desterrados, los perseguidos por la justicia?

Pues bien, si nos hemos hundido en tal cataclismo, si somos tal ruina, ¿no dice el evangelio mismo que nuestra propia miseria nos compele a levantar los ojos hacia el cielo, movidos por nuestro propio terror y reconociendo nuestra humilde condición y

que la conciencia de nuestra propia desgracia nos llevará al conocimiento de Dios? "Bienaventurados seréis", dijo Cristo, "cuando aborreciendoos los hombres, os excomulguen y maldigan y proscriban vuestro nombre como malo por amor del Hijo del Hombre".¹

Hemos llegado a dos términos fundamentales: ser conscientes de nuestra miseria y buscar la redención en el Amor. Sólo se puede aspirar a un estado de nobleza espiritual cuando somos conscientes de nuestra ruindad y empezamos a sentirnos descontentos con nosotros mismos. Esta primera condición ya la hemos experimentado los latinoamericanos. De ahí que, en un deseo de rechazarnos a nosotros mismos, hayamos querido identificarnos con lo español o con lo americano-europeizante. En cuanto al amor, de eso trataremos aquí, de eso en el fondo trata la estética.

Una vez consideradas estas premisas, es preciso que aceptemos que un estado de conciencia de sí mismo se traduce en una filosofía. Nuestra propia miseria nos ha convertido en el pueblo escogido para redimir a la humanidad. Somos los elegidos para ser sacrificados a los dioses y permitir que el sol continúe alumbrando a los hombres. ¿Cómo pues va a ser esta filosofía?

Tendrá que ser una filosofía hispanoamericana porque no vemos otra manera de acercarnos a lo universal dice Vasconcelos.² Y, efectivamente, no podemos menos que partir de la aceptación de nuestra circunstancia muy propia, de nuestro dolor diseminado, para llegar a la redención.

Pero la redención tiene que empezar en la conciencia como lo han dicho ya tantos y tantos pensadores latinoamericanos. Una vez que sepamos quiénes somos, adónde vamos y a qué destino superior nos debemos, los procesos políticos, sociales y económicos seguirán el impulso directriz de la inteligencia; formularemos nuestro pensamiento definitivo que nos llevará más allá del fracaso y del éxito efímeros.

Mencionamos en el capítulo anterior cómo Caso habló de la existencia como economía, como desinterés y como caridad. Lo biológico pertenece al campo de lo económico por ser esencialmente egoísta, pero sólo, en el reino de lo biológico, es el hombre capaz del desinterés y de la caridad. Esta capacidad

¹ San Lucas, 6:22.

² José Vasconcelos. *Obras Completas*, Vol. III, *Ética* (Méjico: Libreros Mexicanos Unidos, 1959), p. 665.

para el desinterés y la caridad la toma Vasconcelos, la elabora y hace de ella una estética.

La obra de arte es inútil para los fines prácticos de la existencia. Si es noble, sólo puede despertar en quien la contempla un goce desinteresado, y si es sublime lo transporta a la identificación con el Ser Supremo, con la Absoluta Perfección. Los pueblos hispánicos tienen una vocación especial para el arte y la contemplación mística que los dispone a emprender grandes obras sólo en aras de una pasión, de una fe. El Caballero de la Locura y el Caballero de la Fe llama Unamuno a Don Quijote en *Vida de Don Quijote y Sancho* y se pregunta, “¿Qué locura colectiva podríamos imbuir en estas pobres muchedumbres? ¿Qué delirio?” Y propone que intentemos la Santa Cruzada de ir a rescatar el Sepulcro de Don Quijote. Sabe bien Unamuno que nuestros pueblos necesitan ser imbuidos de los espasmos del milenio.

Algo así hace Vasconcelos en su obra. Trata de mover a su pueblo a abrasarse con la fe del desinterés, y para ello elabora una obra filosófica que bien puede considerarse una estética para la educación mexicana. Es el principio de la toma de conciencia, el resultado inicial del esfuerzo por preguntarnos quiénes somos, adónde vamos y a qué destino superior nos debemos.

En su *Pitágoras* pregunta Vasconcelos, “¿qué es toda estética sino un camino por donde se llega al mundo divino de los procesos desinteresados?”³

La inteligencia, que es un mecanismo del espíritu, permite que nuestro yo o sujeto llegue a lo externo de dos maneras: o con fines utilitarios, o bien se acerca al objeto con propósito desinteresado e independiente. “Del mismo modo que hay la percepción de lo sensible”, escribe Vasconcelos “existe la impresión de algo que es relación entre lo sensible divino que no conduce a ninguna actividad concreta, sino que nos hace participar en una manera nueva de existir sin el esfuerzo impelente de la finalidad y, sin embargo, animada con el vigor de la más intensa vida.”⁴ Compara Vasconcelos este fenómeno con lo que ocurre con las cuerdas de un instrumento musical; si el arco hace vibrar una de ellas, las demás, aun sin ser tocadas, vibran descubriendo

³ José Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Pitágoras*, p. 64.

⁴ *Ibid.*

do una ondulación simpática. "Así el espíritu", concluye el autor, "dejado a sí mismo en el mundo, percibe el ritmo interno que norma las cosas y alcanza la vibración de simpatía que lo pone en tono con el universo."

El idealismo y el realismo no resuelven las relaciones del sujeto con el mundo externo pero debe observarse una manera de funcionar del sujeto que es superior a ambas tesis y que es la emoción estética. La emoción estética se explica porque yo como sujeto humano puedo contemplar el objeto con ánimo desinteresado, sin propósito de entenderlo o de explicarlo. "Desde el instante en que el sujeto mira al objeto en pura actitud de contemplación, producirá en el universo la nueva categoría de lo desinteresado, la cual escapa a todas las leyes de la finalidad..."⁵ En esta relación que se establece entre sujeto y objeto, uno y otro se emparentan y establecen una relación amorosa, de ahí que en todos los estados de belleza se produzca lo que Platón llama la divina locura del artista.

Lo desinteresado y lo heroico son dos términos de la misma ecuación. Todos los procesos humanos encuentran su transformación en lo divino por medio de la función del desinterés, y en el orden moral, el esfuerzo humano opera fuera de las leyes sensibles cuando realiza las acciones heroicas. Es así que la belleza es una transformación equivalente, arguye Vasconcelos, de lo humano en divino, de lo causal en atélico; son las ideas, las imágenes, los sonidos armoniosos lo que la belleza transforma volviéndolos musicales; la música para ser divina tiene que estar en función del desinterés, porque de otra manera es sólo copia del fenómeno, paralelismo necio de las luchas de las substancias por constituirse.

No hay que creer, sin embargo, que el desinterés al que se refiere Vasconcelos y del cual venimos hablando aquí, es aquel que se manifiesta en actos caritativos o altruistas en que sacrificamos el egoísmo para ayudar a salvar a nuestros semejantes. Aunque este tipo de acciones son el primer paso hacia el desinterés absoluto, todavía tienen por finalidad, si no el beneficio propio, el ajeno, y por lo tanto quedan todavía dentro de la región del fenómeno "donde todas las cosas se suceden unas a otras por virtud de las leyes necesarias que ligan cada antecedente a las consecuencias que han de producirse después". El desinterés

⁵ *Ibid.*, p. 65.

se realiza, dice Vasconcelos, cuando hay movimiento, cuando hay tendencia sin objeto, cuando la actividad deja de ser necesaria y se hace libre, pero con una libertad que no busca elegir entre motivos diversos, sino que existe sin necesidad de los motivos y no los escoge, porque siente como que ya los penetró todos y está con ellos.⁶

Este tipo de desinterés trasciende la experiencia rutinaria y conduce a una mística. Un pueblo poseído de este desinterés místico, por así llamarle, posee un sentido de misión que le da un lugar especial en la historia como creador de valores eternos de salvación. Verá la verdad, el bien y la belleza como un proceso de desvanecimiento del fenómeno, como una gradación de lo desinteresado hacia lo Absoluto. América Latina ve los fenómenos que la rodean a través de los hilos sutiles de la belleza y va como río que corre al mar arrastrando rumoroso sus arenas; vamos como va el río al mar, ligados con el ir del universo hacia la divinidad infinita. Se precisa pues elaborar una moral pura, indiferente al resultado inmediato de la acción, que se acerque a confundirse con la belleza. La culminación de lo ético está en el heroísmo, dice Vasconcelos. Es un impulso limpio de consideraciones ventajosas, que se transporta a una esfera donde se confunde con la calidad estética; penetra en lo estético.⁷

Si bien somos un pueblo vencido políticamente, ya hemos dicho que esa misma derrota nos coloca en posición ventajosa para formular una teoría superior de la vida. Aparte de lo ya mencionado, encuentra Vasconcelos en nosotros un rasgo más que es de capital importancia para la disciplina filosófica. Ese rasgo, dice él, es nuestra libertad de criterio en los asuntos desinteresados de la cultura. Nuestro mismo patriotismo poco acendrado evita que viciemos nuestra creación filosófica con nacionalismos estrechos y nos asegura una visión más vasta y un juicio más penetrante.⁸

Elabora Vasconcelos, a través de su obra filosófica, una ley de los tres estados que se opone a la teoría de los tres estados propuesta por el positivismo. La idea vasconceliana habla de tres ciclos de la energía que se suceden, no en forma continua, sino mediante revulsiones que modifican su sentido y que actúan en contraposición a la entropía. Se suceden así tres estados en las sociedades, a saber:

⁶ *Ibid.*, p. 69.

⁷ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Ética*, p. 835.

⁸ *Ibid.*, p. 862.

10. El guerrero, dominado por los intereses materiales de sobrevivencia e incapaz de vida superior trascendental, como cuando los hombres están organizados en tribus.
20. El que debe llamarse intelectualista, en que la organización interna y las relaciones internacionales se fundan en la conveniencia y en el cálculo. Para pasar del primer estado al segundo triunfa la dinámica mental sobre la dinámica física.
30. Es el período estético en que, por encima de las fatalidades de la lógica y más allá de todo interés material o moral, está en nuestras conciencias el anhelo de obrar con libertad y de acuerdo con nuestras simpatías. Este día, es cierto, no ha llegado, pero cuando así se proceda en lo individual y en lo colectivo, habremos alcanzado el período estético y la mayor suma de dicha será entonces la norma del orden público y de las relaciones de los estados. Dominado el medio físico, la lucha por el pan dejará de ser cruda, el apetito satisfecho impedirá los delirios malsanos que hoy se forjan alrededor de la voluptuosidad y el egoísmo humano, en suma, se suavizará en altruismo y las nuevas oposiciones, ya meramente ideales, no serán destructoras, sino renovadoras y creadoras de existencia infinita. Los conflictos estéticos se resolverán no en rencor sino en el júbilo de la cooperación y el acercamiento del amor y la alegría. Desaparecerán entonces las fronteras.⁹

Como se puede ver, en el primer estado los conflictos se resuelven por el instinto y la violencia que son manifestaciones singulares casi físicas, biológicas, iguales en esencia a la dinámica que rige los cuerpos inertes y el cosmos. En el segundo estado la energía se completa con el cálculo intelectual; pero desde el instante en que hay desprendimiento, tan pronto como aparece un acto desinteresado, ya la tendencia de la energía cambia y deja de ser física como en el apetito de la voluntad egoísta; por el hecho mismo de ser desinteresada se ha tornado otra cosa, ha creado un nuevo ritmo, una nueva ley y un propósito distinto. Entonces la energía engendra el heroísmo y la conciencia dando lugar a un caso de revulsión de la energía similar al que se opera

⁹ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Revulsión de la Energía*, p. 383.

cuando aparece la vida.¹⁰ Resume lo anterior Vasconcelos de la siguiente manera:

En nuestra tesis la distinción capital es que lo físico se rige por dinamismo uniforme; lo ética por imperativo finalista, inventivo y lo estético por dicha de amor, *ardo amoris*; ya no por orden intelectual ni físico, aunque lo intelectual y lo físico subsisten como etapas de un desarrollo logrado.¹¹

De lo anterior resulta que la filosofía, como es producto de la capacidad creadora más alta del hombre, nace de inspiración poética vasta y se organiza en el sentido del orden racional. Pero el orden racional, que es ritmo sin propósito y mero juego de lo fenomenal, necesita el complemento de las fuerzas mayores de la conciencia. El camino del orden final, dice nuestro filósofo, lo da el amor y su intérprete, el poeta, no debe estar ausente de las elucubraciones definitivas. Por eso, en rigor, un verdadero filósofo es un poeta con sistema.¹²

La filosofía, pues, es ciencia de la armonía que conduce a la Todología fundada en Eros, es decir, el amor como ley final de la existencia. El mundo está hecho de seres y cada ser es una estructura en que potencia y forma se combinan para consumar un desarrollo. Cada parte del todo desempeña una función y se dirige a un destino: "en cada existir descubrimos afinidades que se resuelven en armonía del conjunto,"¹³ dice Vasconcelos. Siendo así sólo puede ser verdadero filósofo quien alcance una visión universal de tipo poético cuya norma no sea el discurso sino el orden creador.

Ahora bien, la vocación poética de América Latina en general, y de México en particular, es innegable. Tenemos una cierta capacidad de apreciación de lo bello que no es común sino en culturas selectas y el espíritu de generosidad, en los mejores de nosotros, llega al sacrificio. Negamos nuestro propio valer por resaltar el valor de otros. Rechazamos, desde antiguo, el beneficio individual en aras del bienestar común. Todos los augurios indican que estamos preparados para que entre nosotros se inicie el período estético de la humanidad. Ya desde 1920 escribía Vasconcelos:

¹⁰ *Ibid.*, p. 380-381.

¹¹ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Estética*, p. 1441.

¹² Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. III, *Ética*, p. 699.

¹³ Vasconcelos, *Obras Completas*, Vol. IV, *Todología*, p. 825.

Un secreto anhelo nos dice que es necesario que todo se salve y que la creación con todas sus bellezas y los seres con todas sus potencias nobles, no están hechos para aniquilarse, sino para ascender y redimirse, para subsistir ennoblecidos en un orden mejor.¹⁴